

tica severa el fondo de verdad que pudieran contener.

Físico sagaz, enriqueció extraordinariamente con sus variados trabajos una ciencia destinada á ensancharse prodigiosamente bajo un porvenir grandioso. Sus célebres observaciones sobre la distribución del calor y del magnetismo en la superficie de la tierra, sobre la composición del aire atmosférico y el incremento de la intensidad nocturna del sonido; sobre las corrientes marítimas y la acción periódica ó irregular de los vientos; sobre las variaciones regulares del barómetro y la caída de las estrellas errantes, y en fin, sobre tantos asuntos que por primera vez emprendió estudiar, haciendo reconocer leyes que aun no se vislumbraban, y extendiendo el horizonte de la ciencia hasta un límite muy lejano.

¿Pero cuántas páginas sería necesario escribir para enumerar unos trabajos dirigidos á la vez á tantos objetos, cada uno de los cuales era motivo para hacer adelantar las ciencias? Recogía hechos esparcidos, los clasificaba, los comparaba y los agrupaba, y con unos materiales que parecían incoherentes, presentaba á nuestra vista un conjunto sorprendente de fenómenos ligados por las leyes de la naturaleza, leyes que habían sido hasta entonces en parte desconocidas. Viajero infatigable, había aprovechado todos los instantes en observar cuanto pudo presentarse á su vista perspicaz: laborioso en el gabinete, reunía los preciosos elementos que había recogido, para presentarnos una creación nueva, reflejo de la creación animada á la cual le había arrancado sus secretos. Su inteligencia colosal había sabido abrazarlo todo; su memoria prodigiosa le presentaba cuantos datos pudiera necesitar, agrupándole sus observaciones con todo lo que pudiera tener rela-

ción ó analogía con ellas; su voluntad de hierro había sabido vencer obstáculos, arrostrar peligros y sostener firme la constancia necesaria para llevar á cabo unas empresas que serán la honra de nuestro siglo.

Al brillar en el ocaso de su vida, los reflejos de su inteligencia fueron aun mas vivos que cuando se encontraba en el zenit de su magnífica carrera. Bajo la enérgica presión de su genio, de su sabiduría, de su erudición, de sus tendencias á la vez profundamente analíticas y sintéticas, de su carácter generalizador y divulgador de las grandes verdades que forman el principal relieve de las ciencias, y de sus vastas miras, teniendo en cuenta el provecho general del conjunto de la humanidad, nos condensó en unos cuantos volúmenes cuanto pueden encerrar de mas precioso los gérmenes de las ciencias. Si estas eran dominadas parcialmente por cada uno de los sabios especialistas, aunque sus adelantos eran grandiosos, faltaba un hombre que con los magníficos materiales acopiados emprendiese levantar un monumento digno del pedestal que estaba construido.

El gigantesco cuadro que la naturaleza nos ofrece en el conjunto del universo, había sido estudiado detalladamente y de una manera independiente en sus distintas partes; pero faltaba aún el genio vigoroso, que profundizando todas las ciencias, observando con penetrante sagacidad cuantos objetos se presentasen á su vista, dotado de una sensibilidad exquisita para gozar de cuanto puede haber de mas apacible y de mas imponente, se levantase con el prodigioso vuelo del condor de los Andes, para examinar con noble avidez el conjunto de la creación, y describirnos despues con un idioma fácil y encantador el espléndido cuadro del universo, con sus maravillosas armonías, con

el admirable enlace de todas sus partes.....

Hé aquí el objeto gigantesco llenado por el Cosmos; contemplad en él el cuadro de la naturaleza, y admirad esas páginas arrancadas al genio por la profunda admiración del universo.

¿Qué género de elocuencia sería bastante para elevarse á la altura de Humboldt, tratando de hacer el cumplido elogio de su genio? ¿Qué podría yo decir digno de tan grande hombre, que fuera nuevo para vosotros ó desconocido para los que han penetrado al santuario de las ciencias? Rodeado de todos los sabios, elogiado por los grandes poetas y literatos, mimado por los reyes y emperadores, agasajado por los jefes de las repúblicas, y admirado por todos los hombres, nos presenta un espectáculo que solo de tiempo en tiempo en la pausada marcha de los siglos suele tener igual. Si los espléndidos meteoros del mundo físico se presentan tan de tarde en tarde, los del mundo intelectual son aún mas escasos, y el recuerdo de su existencia basta para inmortalizar todo un siglo.

La enunciación del pensamiento ha dado margen entre todos los pueblos para que los grandes hombres revelen su existencia á sus contemporáneos, y si el genio de Humboldt supo darse á conocer desde bien temprano, fué para multiplicar las pruebas de su existencia. Cada una de sus obras es un monumento; la colección de sus escritos es un conjunto magnífico de monumentos que será juzgado respetuosamente por el arcópago de las generaciones venideras, como nuestros antepasados y contemporáneos han juzgado los monumentos de la Grecia literaria y de la Roma artística.

Tantos trabajos llevados al fin con un éxito tan brillante, tantos adelantos que

las ciencias le deben á sus trabajos, tanto prodigio de sabiduría y de inteligencia ¿no es cierto que formarán época en los anales de las ciencias y de la humanidad? ¿En dónde encontraríamos un émulo que pudiéramos presentar frente á frente de este hombre extraordinario? ¿Acaso en nuestro siglo? El respeto y admiración sin igual que por todas partes le rodea, no deja duda que es el genio que marcha al frente de su siglo. Buscamos un ejemplo en el pasado, y nuestra vista fatigada por el intenso brillo de tantos genios como se nos presentan, apenas puede contemplar algunos que habiendo abrazado un árbol enciclopédico ménos robusto que el del siglo XIX, se hayan sobrepuesto á su época, y hayan sido como los brillantes centros de otros tantos sistemas planetarios, cuya luz la percibimos sobre el dilatado horizonte formado por el oceano de las generaciones.

Aristóteles, Plinio el mayor, Francisco Bacon, Haller y Humboldt: hé aquí unos genios que encadenan el dilatado espacio de veintidos siglos, y que así como los nombres de los unos han venido pasando á través de tantas generaciones hasta llegar á nosotros, el nombre de Humboldt atravesará las generaciones venideras, y vivirá asociado perpetuamente al recuerdo de todos los grandes hombres cuyo asiento se encuentra en el capitolio de las ciencias.

Y bien, señores, ¿tanto brillo no hace acreedor á Humboldt, al respeto universal de todos los pueblos entre los cuales se cultivan las ciencias, y sobre los que la civilización bate sus alas? Todas las naciones se apresuran á tributar el homenaje mas cumplido á los hombres ilustres: los nombres de los sabios de la Grecia, los de los poetas, oradores é historiadores romanos; los de los sabios de la edad media y los de la época moderna, han llegado á nosotros

lentos de homenajes, y los trasladaremos á nuestra posteridad con nuestros propios tributos; pues bien, al consignarse el nombre de Humboldt en la historia contemporánea, seamos los primeros en mostrarle nuestra admiración, para que las demás generaciones vengan solamente á agregar sus ofrendas á las que nosotros le hemos ofrecido.

Presentémosle, pues, nuestros más rendidos homenajes de admiración, y recordemos que cuando á este grande genio se le citaba el nombre de México, demostraba con palabras llenas de efusión todo el cariño que le profesaba: si somos capaces de admirar al genio, mostremos que somos también capaces como mexicanos de corresponder á los sentimientos de una alma grandemente generosa y noble. Esforcemos nuestra voz, y digámosle con el acento penetrante de la verdad: «Ilustre Alejandro de Humboldt, como individuos de la gran familia humana te respetamos; amantes de las ciencias te admiramos, y como mexicanos veneraremos tu memoria, y te ofrecemos que tu nombre quedará escrito con caracteres indelebles en las páginas más brillantes de los anales mexicanos de las ciencias.»

#### NUMERO 4.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL C. JOSÉ BUSTAMANTE, REPRESENTANTE DE LA ESCUELA ESPECIAL DE INGENIEROS, EN LA SESION PUBLICA Y SOLEMNE QUE, EN HONOR DEL BARON ALEJANDRO DE HUMBOLDT, CELEBRÓ EL 14 DEL ACTUAL LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA.

SEÑORES:

El genio humano no retrocede nunca. El hombre lucha con denuedo por la conquista

del mundo, que es su reino, y el progreso, es decir, la victoria, no solo va cubriendo su frente de laureles, sino que va poniendo en sus manos nuevas armas con las que continúa ese combate. La historia de las ciencias, que es la historia del hombre, está ahí como un obelisco formado con los trofeos de la victoria, y sobre cuyo elevadísimo remate se ve orgullosa la inteligencia humana. La historia de las ciencias, que es la historia del hombre, está ahí para demostrarnos que el genio es invencible, y que el movimiento intelectual que comenzó al levantar el primer hombre los ojos al cielo, ha sido hasta ahora y seguirá siendo progresivo y triunfal.

No hay necesidad de referirse á aquellas épocas tenebrosas en que la ciencia era un dogma, en que la enseñanza era propiamente, como lo ha dicho un escritor célebre, la tiranía del pensamiento, y de las que no debe hablarse sino como de los fósiles que sirven para determinar un período geológico; pero desde la edad de las leyendas, como puede llamarse aquella, hasta la del peso y la medida, como puede llamarse la actual, el espíritu filosófico y científico va saliendo de los mundos imaginarios del orientalismo, para venir á sentarse como rey y á dominar como soberano en el centro de la inmensa esfera de las ciencias modernas. Puede decirse que en aquella época primitiva, la ciencia, como el hombre, estaba sujeta á la fatalidad: la ignorancia lo petrificaba todo, y el mundo entero era víctima de una especie de encanto. Aquel fué, sin embargo, el principio de un movimiento intelectual que subsiste y que subsistirá mientras haya hombres, como la conquista más gloriosa de la inteligencia humana.

Es difícil ir marcando bien las distintas fases de este movimiento. Pero ya la Gre-

cia deificaba al saber, no solo en la figura mitológica de Minerva, sino en los liceos y en las academias. El paso gigantesco que dieron las ciencias, pasando de uno á otro hemisferio del mundo conocido entonces, simbolizaba apenas la transformación, también gigantesca, experimentada por los conocimientos de aquella época, al ser considerados bajo un aspecto filosófico diverso.

Este progreso no solo es efectivo y grande, sino glorioso, pues Roma, la que todo lo dominaba, rindió sus haces y sus armas á los pies de la sabiduría griega. Mas adelante, cuando el águila romana tenía entre sus garras al mundo entero, la ciencia también se hizo ciudadana de Roma, y cada obra de los romanos, en la época de la prosperidad de esta nación, es como una columna trajana levantada en honor de la ciencia y que acredita sus adelantos.

La ignorancia, blandiendo la espada de los bárbaros, penetra hasta el centro de aquel formidable sistema, y á la ciencia le toca entonces el papel de víctima. La ciencia, sin embargo, no se rinde, como Roma, á los bárbaros, sino que huye tímida de entre las armas para buscar y hallar refugio en los únicos santuarios para ellos inviolables. Aquella época romántica é interesante de la ciencia enclaustrada, debía terminar como terminó: la edad media tomó después, como todos saben, un carácter novelesco, carácter novelesco de que se contagió hasta el genio científico de aquella edad. Las ciencias de esta época no eran ya las ciencias del mago que se imponían, como un signo fatal, sobre la frente del iniciado: no eran tampoco la ciencia infusa, tal como la creía y la practicaba una escuela de las principales de la Grecia; pero eran todavía las ciencias ocultas, buscando la piedra filosofal y la panacea de todos los males.

Entre magismo y magismo no hay apa-

rentemente diferencia; pero, observando con imparcialidad y con filosofía el último período de la edad media, se notan los gérmenes científicos del actual período, se ve muy marcado su carácter y se hubieran podido predecir cuáles serían sus adelantos, como se puede asegurar cuál será el carácter dominante de la época científica que siga de la actual. En este período, el empirismo no solo ha muerto, sino que se le ha sepultado en el olvido: la historia natural y la historia humana, si bien no ocupan un rango eminente entre los conocimientos científicos, no son ya la primera una mentira y la segunda una leyenda, sino que ambas se han ocupado en recoger materiales preciosos: las matemáticas avanzan, aunque difícilmente, y sus aplicaciones se hallan en el mismo estado en que se encontraba la navegación cuando no se conocía la brújula. El estado intelectual de aquella generación podía considerarse, empero, no solo como un gran progreso, sino como el medio de realizar otros más grandes. Es cierto que en ese período los hombres buscan todavía, unos el remedio universal y otros el metal universal: la astrología considera al hombre como planeta en relación con los otros planetas: se creía que la naturaleza estaba sujeta, como á un yugo, á lo que se llamaba la escala de los números: aquella era la época del delirio, pero en medio de este se nota algo de verdad, y se observa que todo aquel fantástico edificio tiene, sin embargo, una real y sólida base. Aquí se ve que la observación, que la comparación, que la discusión, existían como antiguos aunque imperfectos instrumentos de la ciencia, y quitando aquellas exageraciones y aquellas locuras, las matemáticas no son, como al principio, la cábala que adivina, sino la ciencia que demuestra: la alquimia ya no busca un oro cuando tiene tantos, y la as-

tronomía se reduce á buscar las relaciones de los astros entre sí, pero no con nuestra naturaleza moral, astro que se mueve en muy distinta órbita. La observacion y la experiencia, la discusion y el exámen, son los únicos medios para conocer los secretos de la naturaleza: es necesario ver para prever, como ha dicho el fundador de una escuela filosófica moderna.

Consecuencia y aplicacion de este principio, fueron los adelantos científicos que se alcanzaron al fin de la edad media y que sirven de base á los adelantos de la época. Mientras la astronomía quiso ver en el cielo, escritas con estrellas, sentencias favorables ó adversas, no tenia mas instrumento que el gnomon, y se hallaba á ciegas: mientras la alquimia quiso sacar oro, no hizo mas que consumirle: cuando se quiso que las matemáticas fueran como un telescopio, para divisar el porvenir, el álgebra no podia resolver mas que las primeras ecuaciones; y la inteligencia, con las alas rotas, se debatía entre dificultades al parecer insuperables. Un paso mas, y aparecen dentro de un período relativamente corto y pudiendo considerarse como simultáneos, el microscopio y el telescopio, es decir, la análisis y la síntesis con sus mas poderosos instrumentos, y al mismo tiempo que para el ojo, aparecen para la inteligencia otro microscopio y otro telescopio de muy distinta especie en el cálculo infinitesimal que expone entónces sus brillantes teorías, y en el álgebra superior que descubre y abre nuevos horizontes á la inteligencia humana. El universo entero quedó sometido desde entónces al exámen, á la discusion y al cálculo, y los dominios de la ciencia se extendieron desde el astro que se pierde en la inmensidad hasta el infusorio que se pierde en esa otra inmensidad que se llama nada.

Entónces comienza propiamente la época de la ciencia moderna. Con los nuevos instrumentos y con los nuevos recursos científicos, puede decirse que el hombre se hallaba en el centro de un mundo distinto, y estudiar y conquistar este mundo como se habia conquistado el antiguo, era la tarea reservada al hombre. Las inteligencias notables con que se abre el presente período científico, inician el gran movimiento, la actividad de espíritu que, segun Humboldt, caracteriza al presente siglo; y la primera consecuencia es acabar de separarse de ese mundo abstracto que nos detiene como un fantasma, estando el progreso de las ciencias, como lo dice el mismo autor, en el contacto con el mundo exterior.

Hémos aquí, señores, á la altura de las ciencias modernas. Pero cada período mitológico de los recorridos en la historia de las ciencias, presenta un símbolo que personifica perfectamente á la inteligencia humana. Cada período mitológico de estos presenta un Hércules; y Aristóteles, de quien se dice que nadie ha ejercido mejor influjo que él sobre la humanidad, pues dominó en todos los ramos del saber humano, representa legítimamente el genio del hombre en la ciencia antigua: Galileo, á quien con razon se considera como el fundador de la filosofía de las ciencias, representa á la ciencia en el otro período; Humboldt, á quien se llama justamente el hombre mas sabio del siglo XIX, personifica y simboliza la inteligencia de la actual generacion, y merece el nombre de Hércules de la ciencia moderna.

Aristóteles, Galileo y Humboldt caracterizan perfectamente la época científica en que les tocó figurar, porque el genio de cada uno de esos hombres puede decirse que es el dominante en cada uno de los períodos principales de la historia de los cono-

cimientos humanos. La aspiracion del presente siglo, tratando de unir todos los ramos de la ciencia en una síntesis poderosa de la que se sirve como de una palanca para mover el mundo, como dice Loménie: puede decirse que en estas cuantas palabras está trazado el cuadro de la vida de Humboldt.

Basta recorrer, siquiera de prisa, la vida de este grande hombre, para convencerse de esta verdad.

La Alemania, la patria de las grandes ideas y de los grandes sentimientos, fué la patria del sabio viajero que vió la primera luz en Berlin el 14 de Setiembre de 1769. Imposible hubiera sido que su padre, chambelan del rey de Prusia, se figurara tener en sus manos al que, con el tiempo, seria considerado como héroe de la ciencia moderna. Pero hay familias privilegiadas: la de Humboldt no solo tenia al que habia de ser despues el célebre Alejandro Enrique, sino que al lado de este crecia Guillermo Humboldt, el que, andando el tiempo, seria el lingüista afamado, el filósofo profundo y el orientalista sin rival. «Estas son mis joyas» podia decir la madre de los Humboldt, como la madre de los Gracos; joyas que son ahora, no solo de una familia, sino de una generacion.

Aquellos dos genios vivian ligados por el amor fraternal mas tierno, encargándose la educacion de pulir y abrillantar aquellas raras inteligencias. Por poco tiempo vivió al lado de sus hijos el chambelan Humboldt, y la viuda de este procuró entónces dirigirlos á estudios profesionales en armonía con su índole y con sus inclinaciones. La universidad de Francfort primero, y despues la de Göttingue, abrieron sus puertas al jóven Alejandro, á quien la casualidad puso en contacto entónces con Forster, quien habia acompañado al capi-

tan Cook en una de sus expediciones. Desde aquel punto, Humboldt fué viajero: aquellas impresiones juveniles decidieron, como él mismo lo dice, de toda su existencia, y todo su anhelo fué visitar las regiones tropicales que le seducian por las descripciones que hacia de ellas su amigo Forster. Resuelto á viajar desde entónces, pues el mundo de los libros le parecia estrecho, comenzó á hacerlo por las orillas del Rhin, y á aquel viajero, á aquel observador de veintiun años, se debe desde entónces una obra «Sobre los basaltos del Rhin, con investigaciones sobre la sienita y el basanita de los antiguos.»

No abandonaba entretanto el estudio. Dotado de disposiciones universales, se perfeccionaba á la sazón en el de las lenguas muertas y vivas, sin dejar, por supuesto, los estudios científicos de otro carácter, pues todos, como él dice, se unen y se sostienen recíprocamente. En 1791 se dirigió á Freyberg á recibir las lecciones del mineralogista Werner, y en aquel punto encontró á Leopoldo de Buch, el naturalista distinguido que despues fué su compañero y á nuestro compatriota D. Andrés del Rio, uno de los fundadores de este establecimiento. Abrazaba ya en su estudio sintético los ramos todos de la historia natural, cuando fué promovido al honorífico empleo de director general de las minas, valiéndose de cuyo carácter se dedicó á observaciones y á estudios subterráneos de mucha importancia. Los descubrimientos de Galvani abrieron á la inteligencia de Humboldt un nuevo campo, y dejando los subterráneos de Freyberg, se dedicó á los estudios fisiológicos, á fin de investigar los secretos de la naturaleza viviente.

En uno de los viajes de Humboldt con motivo de una mision diplomática del gobierno de Prusia, se encontró en Jena con

Goethe, con ese viajero, con ese observador del mundo ideal. Debe haber sido brillante el contacto de aquellas dos inteligencias, y el mundo debió asombrarse al ver juntos á aquellos dos hombres colosales, al primer sabio y al primer poeta del siglo.

Pero su pasion dominante eran los viajes. Para emprenderlos con fruto no solo resignó sus funciones públicas, sino que abandonó por de pronto los estudios políticos que hacia entónces bajo la direccion de Hardenberg, y marchó á Italia á estudiar los volcanes en actividad, volviendo á Alemania á continuar sus observaciones sobre varios puntos interesantes de la meteorología, y sobre la palpitante cuestion de la irritacion muscular y nerviosa. El afecto que tenia por su hermano Guillermo, á quien adoraba, le obligó á partir á Francia, teniendo tambien la mira de proveerse de instrumentos científicos para un viaje al Oriente, á donde, segun la expresion de un hombre célebre, debe ir á buscarse la gloria. Las academias francesas le abrieron sus puertas de par en par, como correspondia á su talento y á su saber; pero no hay necesidad de seguirle en el camino de los triunfos y de las ovaciones, acompañándole mas bien en su viaje á España, donde hizo, como en todas partes, estudios y trabajos geográficos de mucha estima. El rey Carlos IV, mirando que la corona del saber de Humboldt valia mas que la suya, y atendiendo á las insinuaciones de su ministro Urquijo, le dió amplias recomendaciones para que visitara las colonias españolas, estas mismas colonias incomunicadas entónces con el extranjero, y que hoy, como naciones soberanas, se inclinan respetuosamente ante la memoria de aquel grande hombre.

El viaje de Humboldt y de Bonpland á América parece una leyenda. Parecen

una exageracion y una mentira todos los trabajos de aquellos grandes hombres en este continente, y se tendrian por fantásticos sus viajes, si no estuvieran á ciencia cierta probados, si no existieran los resultados científicos de aquellos viajes. Se les ve penetrar en los cráteres de los volcanes; andar entre las quebraduras de las sierras y pasar despues de montaña en montaña; se lanzan en seguida á hacer el viaje verdaderamente mitológico del Orinoco, y despues de examinar desde las nubes hasta las profundidades de aquellas regiones, despues de observar las maravillas de la creacion en aquella parte, descienden á estudiar los restos de la civilizacion muerta de los peruanos y de los muiscas.

Despues de este, es el viaje de Humboldt á México. Desde su desembarco en Acapulco el 13 de Marzo de 1803, hasta su salida del país por el puerto de Veracruz en Febrero de 1804, no hay momento que no se consagre por Humboldt, tanto al adelanto de las ciencias como al servicio del país. Sus escritos sobre México, sus trabajos sobre México, sus ideas sobre este pueblo que fué desde entónces su favorito, sirven de base para todos los trabajos mexicanos que se han emprendido y para los que deben aún emprenderse; él puso la primera piedra de nuestra estadística; él hizo dar los primeros pasos á nuestra geografía; él adivinó el porvenir del país, fijándose en su posicion interoceánica, y diciendo que el camino del interior era el camino del Asia, y el de Veracruz era el de Europa; él llamó la atencion del mundo civilizado sobre nuestra agricultura y sobre nuestra minería; él se fija, por último, hasta en el menor detalle de la defensa militar del territorio, fundada en la configuracion de este, que conocia tan bien, y al concluir su obra monumental sobre México, habla de la educacion de

los indígenas, como de la base mas firme para la libertad de esta nacion. No solo eso: su mirada no solo abarca el presente y el porvenir de México, sino que penetra hasta su pasado, estudiando, por medio de la arqueología, la civilizacion de piedra del México antiguo, esa civilizacion que pereció ahogada en el torrente de sangre de la conquista. Con sus trabajos arqueológicos, geográficos y estadísticos, no solo funda realmente estas ciencias en el país, sino que sirve de antorcha á historiadores como Prescott, á quien escribe despues con este motivo, gloriándose de llamarse ciudadano de México. Y ciudadano de México era de veras quien tenia prestados servicios tan grandes á este país, el que sufría con los sufrimientos de este pueblo, el que hablando con un mexicano durante la época de la dominacion de Santa Anna anhelaba y predica el triunfo de la revolucion; el que deseaba, por último, que la felicidad de México descansara sobre instituciones sabias y libres.

De vuelta á Europa, sus trabajos científicos que hubieran necesitado la dedicacion de la vida de muchos sabios, no le distraian, sin embargo, del proyecto de nuevos viajes y de llenar comisiones importantísimas del gobierno prusiano, quien se sirvió del prestigio del sabio baron en muchos negocios delicados. Realizó, entre otros, el viaje á los montes Urales y al Asia central, viaje muy parecido al de América, y para las ciencias tan fecundo como aquel. Enamorado, como él decia, de la ciencia, haciendo observaciones todos los dias, escribiendo constantemente, aquel hombre prodigioso no conocia el descanso, y no hay ramo de la ciencia que no haya explotado.

Al lado de los hombres especiales, al lado de las verdaderas notabilidades y riva-

lizando con ellas, es poeta con Schiller, y arrebatador en sus "Cuadros de la Naturaleza;" es filósofo que no se pierde, como Hegel, en las nubes de lo subjetivo, sino que funda la filosofía de la observacion, del cálculo y de la experiencia, que puede llamarse el occidentalismo, físico que trabaja con Gay-Lussac, naturalista compañero de Ehrenberg, astrónomo que discute con Arago, arqueólogo, político que trabaja por la libertad del hombre, diplomático que figuró ventajosamente en Lóndres en el congreso de Verona, y consejero privado del rey Federico Guillermo. En medio de tanto, en correspondencia con algunos reyes de Europa, con los ministros de casi todas las cortes, con todos los sabios de la época, y con su amigo el distinguido escritor Varnhagen von Ense, á quien comunicaba sus secretos mas íntimos; allí en su escritorio, rodeado de sus apuntes y de sus recuerdos, trasportándose ya á la América, ya á la Asia; representándose aquí un monumento arqueológico, allá la pendiente de una montaña, allí como dice Varnhagen, en aquella mansion que era como el pináculo de su gloria y rodeado de las armas y de los trofeos de la ciencia, meditaba y escribia su obra el *Cosmos*, el producto mas grandioso de la inteligencia en este siglo.

El *Cosmos* es como la bóveda del templo del saber humano. El *Cosmos* es la síntesis, la síntesis de hierro, sometiendo á un sistema racional y completo cuanto existe creado, desde el infusorio, límite de la existencia real, hasta la nebulosa, germen acaso de otros soles y de otros sistemas. La concepcion, la idea del *Cosmos* admira, su realizacion sorprende. El *Cosmos* descifra en parte ese inmenso geroglífico conocido con el nombre del universo físico.

¿Qué elogio mas grande para Humboldt